

The heart speaks unto heart

¡VIVA + JESÚS! En la Solemnidad de todos los santos del Jubileo de la esperanza, el Santo Padre

¡Newman, Doctor de la Iglesia!

León XIV ha propuesto a todos los cristianos la luminosa figura de san John Henry Newman, al que ha incluido en el número de los Doctores de la Iglesia y ha proclamado co-patrono, junto a santo Tomás de Aquino, de la educación católica: «La imponente estatura cultural y espiritual de Newman servirá de inspiración a las nuevas generaciones...»². En la historia de la Iglesia ha habido santos de gran talla que han ofrecido un impulso considerable a la educación, especialmente de niños y jóvenes: «La educación 'es una de las expresiones más elevadas de la caridad cristiana'. El mundo necesita esta forma de esperanza»³, sobre todo en contextos marcados por la pobreza, la violencia y la exclusión, poniendo de manifiesto que «el amor cristiano hace milagros»⁴. Entre todos ellos, el Papa ha querido destacar de modo particular a un converso del siglo XIX, el Cardenal Newman, asignándole un lugar entre los más grandes maestros de la fe.

¿Qué pretende el Santo Padre al atribuirle estos títulos? ¿Qué podemos nosotros aprender hoy de san John Henry? ¿Qué luces puede ofrecer su figura a las nuevas generaciones? Su testimonio nos recuerda «que es posible vivir apasionadamente en medio de la complejidad del presente»⁵, y que también nosotros debemos «brillar como haces de luz en el mundo»⁶. Aprendió desde edad temprana a

tomar en serio la vida. Durante su juventud experimentó, como él mismo refiere en la Apología, «la mano dura de Dios»⁸ que, a través de la en-

“Desde el principio hasta el final, la educación ha sido mi línea”⁷

fermedad, la crisis nerviosa y las dificultades económicas por las que pasaba su familia, le impulsó a llevar una vida cristiana más auténtica. Años después describió aquella experiencia, que marcaría de manera radical el rumbo de su existencia diciendo que le ayudó a «concentrar los pensamientos en dos seres y solo dos seres absoluta y luminosamente evidentes: yo mismo y mi Creador»⁹.

En un contexto en que un inmanentismo agresivo que no reconoce ningún absoluto más allá del propio yo y sus caprichos refuerza la tentación de señalar la fe ya no solo como manifestación de ingenuidad, como se la tachaba hasta hace tiempo, sino incluso como una perniciosa patología que conviene sacrificar ante el altar del progreso, Newman nos invita a responder abandonándose totalmente en manos de Dios: «Oh, Señor, aquí estoy. Seré lo que tú me pidas. Iré donde quiera que me envíes. Cargaré con lo que Tú quieras poner sobre mí. No por mi propio poder o fortaleza. Mi fortaleza es verdadera debilidad; si confío en mí mismo, fracasaré. Confío en Tí y sé que me ayudarás a realizar aquello que me hayas pedido. Confío y sé que nunca me abandonarás ni olvidarás... Tú eres para mí más que todas las otras cosas juntas. Tú me guiarás y me darás también a ti mismo»¹⁰.

No solo mostró, en sus sermones universitarios y en otros escritos, el carácter razonable del acto de fe, «creemos porque amamos»¹¹; sino que además su vida pone de manifiesto que sin el cultivo del espíritu no hay posibilidad de plenitud humana y que el oscurecimiento de Dios ocasiona la pérdida de la conciencia del carácter sagrado de la vida humana y de la dignidad infinita de cada persona, sean cuales sean sus circunstancias. Si Dios no está presente en nuestra vida, el mundo se autodestruye. Lo constatamos con nuestros propios ojos. Su conversión, o mejor dicho, su historia de sucesivas conversiones, consistió antes que otra cosa, en una progresiva liberación del propio yo, para entrar cada vez más en comunión con Dios en Jesucristo, hasta hacer de Él, el único fundamento de la vida. Por Él estuve dispuesto a renunciar a todo lo demás. Desde la juventud supo llevar esta opción hasta las últimas consecuencias, como ponen de manifiesto aquellas consignas: «santidad antes que comodidad»; «nunca menos solo que cuando estoy solo»; «el crecimiento es la única señal de vida»¹². Así, vivió en contacto permanente con el mundo invisible¹³.

La centralidad de Dios en la vida de Newman —que Dios era para él la realidad primera y fundamental, no una noción, sino una presencia¹⁴— se traducía en su vida espiritual mediante una atención orante a las inspiraciones del Espíritu Santo. Se trata de un auténtico traslado del propio centro de gravedad, un éxodo desde el propio yo hacia el Tú de Dios. Es la experiencia de san Pablo: «Vivo en la fe del hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí. Vivo yo pero ya no yo, es Cristo quien vive en mí»¹⁵. En la oración «Lead, Kindly light», él mismo describe aquella metamorfosis: en la vida de cada uno se libra un férreo combate entre las fuerzas alienantes del egoísmo y la gracia liberadora de la comunión con Dios, entre el orgullo nihilista y la esperanza que no defrauda, entre el someterse a la sensualidad o abandonarse en manos de Dios. En él triunfó la fuerza misteriosa y arrolladora de la gracia, eligió la mejor parte, que nadie le podrá quitar: la humildad de entregarse a Dios con total sinceridad, mediante una fidelidad radical a la voz de Dios que resuena en la conciencia: «Guíame, Luz amable, entre las tinieblas espesas, ¡guíame tú! La noche es oscura, y yo estoy lejos de casa, ¡guíame tú! Cuida mis pasos; no pido ver la escena distante, me basta el siguiente paso. No siempre he pensado así, nunca había rezado para que tú me guiaras. Me gustaba decidir por mí mismo, pero ahora ¡guíame tú!»¹⁶. Él, que tantas veces había escrito que la misericordia de Dios tiene poder para reescribir el pasado, para rehacernos interiormente¹⁷, confiesa: «Amaba los días de triunfo, y a pesar de los temores, el orgullo sedujo mi voluntad: no recuerdes el pasado»¹⁸. La vida de san John Henry nos enseña que no se puede separar el primero y más grande de los mandamientos del segundo, que es semejante a aquel. Supo amar a los suyos y fue un gran amigo para sus amigos: «lo que seamos hacia nuestros parientes y amigos, eso seremos hacia Dios y hacia los demás», «no hay mejor entrenamiento para llegar a amar a todos, que amar a los que tenemos cerca»¹⁹. Para él, el mandamiento del amor, se concretaba mediante el celo apostólico. Tomó en serio las grandes cuestiones que causaban perplejidad a las personas de su generación que son, en cierto sentido, las mismas que nos inquietan a nosotros. Se dedicó con todas sus energías a servir a los jóvenes y a los más pobres: percibió «la fuerte conexión entre al amor de Cristo y su llamada a acercarnos a los pobres, en que se revela el mismo corazón de Cristo, sus sentimientos y opciones más profundas, con las cuales todo santo intenta configurarse»²⁰. Tomó en serio la vocación y misión de los laicos²¹. Insistía en la necesidad de una adecuada formación, pues quería que cada uno fuera «a la vez oráculo de sabiduría y santuario de devoción, que el laico intelectual fuera verdadero y devoto creyente; y que las personas devotas fuesen también cultas y supieran dar razón de su fe»²².

¿Qué entendía él por apostolado? ¿Cuál fue su método? Nos lo revela él mismo en una oración: «Querido Jesús, ayúdame a esparcir tu fragancia en todos los lugares donde esté»²³. El educador es un cáliz lleno de Jesús hasta los bordes que al moverse lo va derramando en torno suyo, tan impregnado e identificado con Cristo —«Yo pero ya no yo»— que se convierte en portador de Su luz para los demás. Newman resumió lo esencial de su método en la expresión: «**El corazón le habla al corazón**», tomada de san Francisco de Sales. No era amante de esquemas preconcebidos, ni formalismos estériles. El arzobispo Cullen se quejaba, durante su gestión como primer rector de la Universidad Católica de Irlanda, por la excesiva libertad que concedía a los jóvenes, así como de las muestras de cercanía y de su carácter natural y desenfadado en el trato con ellos. Con cada uno establecía una relación de cercanía y de confianza, sabía compaginar la limpieza de intenciones y el afecto más auténtico, y por eso despertaba en los corazones deseos de santidad: «la educación, desde la perspectiva cristiana, ayuda a todos a ser santos»²⁴.

Aquella misma familiaridad, su cercanía y amistad, experimentamos también, de alguna manera, todos los que nos acercamos a los escritos e invocamos la intercesión de este gran Doctor de la Iglesia. Con el trasfondo de este importante acontecimiento eclesial, hagamos nuestra una oración que escribió Newman: «Dios mío, haz latir mi corazón al unísono con el tuyo. Purifícalo de todo lo que es orgullo y sensualidad, de todo lo que es rudo y cruel, de toda falta de finura. Llénalo de tu presencia»²⁵. ¡DIOS SEA BENDITO!

¹⁴ León XIV, *Diseñar nuevos mapas de esperanza*, n. 3.1¹⁵ León XIV, *Homilia, t-I-XI-2025*.¹⁶ *Disenar nuevos mapas*, *Cit.*, n. 1.3; Cf. *Dilexit te*, n. 68.¹⁷ León XIV, *Dilexit te*, n. 120.¹⁸ León XIV, *Homilia*, *Cit.*¹⁹ *Fip*, 2, 15²⁰ *Autobiographical Writings (AW)*, p. 259.²¹ *Apología pro vita sua. Historia de mis ideas religiosas*, BAC, p. 5.²² *9 Ib.*²³ *Sermones católicos*, s. V, p. 90.²⁴ *La fe y la razón*, 15 sermones predicados en la universidad de Oxford, s. 12.²⁵ *Apología*, *Cit.*, p. 6.²⁶ *Sermones parroquiales y sencillos (PPS)*, V, s. 16²⁷ Sobre la distinción entre lo nocional y lo real: Cf. *Ensayo para contribuir a una gramática del asentimiento*.²⁸ *Ga*, 2, 20.²⁹ La columna de nube, en: *Verses on Various Occasions*, pp. 156-157.³⁰ *Discursos sobre la fe*, *Discurso tercero*.³¹ La columna de nube, *Cit.*³² *PPS*, II, s. 5³³ *Leon XIV, Dilexit te*, 3.³⁴ Cf. *Sobre la consulta a los fieles laicos en materia de doctrina*.³⁵ *AW*, *cit.*³⁶ *Meditations and devotions*, III, 7, 3.³⁷ León XIV, *Homilia*, *cit.*³⁸ *Meditaciones y devociones*, XVI, p. 433.

COR. AD. COR. LOQUITUR.

THE NEWMAN SOCIETY

C. Constitución de 1857, 122b,
Frac. Revolución,
Tlaquepaque,
Jalisco (Mx).

Tel. (+52)

33 4530 2258, y
33 3774 2107

www.sociedadnewman.org